



LA
REINA
VALERA

ENRIQUE ÁNGEL

En *La reina Valera (una historia de amor y chisme sobrenatural)*, Dulce, una autodeclarada «lesbiana en el cuerpo de un hombre» que es capaz de hablar con los muertos, entra a robar corazones y a resolver un misterio en el seno de una familia normal.

Para Enrique, Petra, Enrique, Kenia, Olga, Ivette
y Óscar: mi familia.

—¿Es verdad que hay muertos que están vivos?

—Eso es bien sabido. Bailan, cantan, hacen el amor.

David Toscana

Extraño a lo propio —aunque atrozmente familiarizado con los muertos ajenos.

Francisco Tario

... el problema con los muertos son los vivos.

Subcomandante Insurgente Marcos

Ramón estaba ante Dios, escuchando su única y verdadera Ley, cuando el teléfono lo despertó y le hizo olvidar el sueño.

Era su madre.

Hablaba para avisarle que todos en la casa se iban el fin de semana a Morelos. Mariana se encargaría de dar de comer al perro. Ramón no tenía que hacer nada. La llamada era para evitar que fuera de visita y no encontrara a nadie.

Él le dijo que cuidara mucho que su padre no manejara borracho. El viejo no aguantaba los tragos como antes, ni tenía los mismos reflejos.

Colgaron y Ramón regresó a la cama. Esta vez no soñó.

Más tarde lo despertaron las ganas de orinar. Se levantó y al entrar en el baño se topó con su hermano y sus padres. Aunque imposible, la escena le resultaba lógica: estaban muertos y habían ido a despedirse de él. No era la primera vez que pasaban cosas así en su familia. Un año atrás su tío Antelmo se les había aparecido para pedirles que lo enterraran en su pueblo natal; dos horas antes habían esparcido sus cenizas por el Malecón de Veracruz.

Ramón pensó entonces en las curvas de la carretera y en el pestañeo alcohólico de su padre.

—¿En qué kilómetro? —dijo preocupado por el tiempo que tardaría en llegar.

—No importa —respondió con calma su madre—, primero debes ir a la casa a buscar actas de nacimiento y otros papeles para poder reclamar los cuerpos y hacer varios trámites. Todo lo que necesitas está en un fólder debajo de nuestra cama. También están ahí los papeles de los seguros y cinco mil pesos para emergencias. Pero fíjate

bien, porque no tienes que pagar nada: el seguro del coche cubre el entierro y el traslado de los cuerpos. Los seguros de vida son para que les den dinero a ti y a tu hermana. Las escrituras de las casas están en otro fólder hasta arriba del librero.

Ramón sonrió. Ni muerta su madre dejaba de orientarlo. Ella siempre tan precavida.

Su padre y su hermano no hablaron. Ramón supuso que estaban ahí para que él los liberara de sus cargas.

A su padre le dijo que no sintiera culpa por su vicio, pues sus mejores consejos se los dio borracho.

A su hermano le dijo que se fuera al infierno.

Su madre siempre supo cuánto la quería, así que no le dijo nada.

Los tres salieron del baño y Ramón pudo liberar su vejiga. Al salir los buscó por todo el departamento, pero ya suponía que no los iba a encontrar.

Decidió no hablar con Mariana hasta tenerla enfrente. Siempre recibía muy mal las noticias y no era conveniente que se pusiera a actuar sola. Mucho menos con el pendejo de su marido; no por nada su madre lo había buscado a él, pensó.

Tomó un taxi a la casa de sus padres y al llegar se dio cuenta de que no traía efectivo. Pidió al taxista que lo esperara. El tipo aceptó de malas. Ramón entró en la casa, fue directo a la recámara de sus padres, levantó el colchón y encontró el fólder con los cinco mil pesos y el resto de los papeles. Salió y pagó al taxista.

Antes de volver a entrar, vio que Mariana venía doblando la esquina. Su paso calmado le dijo que aún no se había enterado de la desgracia. Pero ahora él podía contarle todo. Con los papeles en la mano y las instrucciones de su madre, ambos se pondrían en camino sin dar tiempo a su hermana de ponerse histérica.

En el minuto que pasó mientras ella caminaba de la esquina a la casa, Ramón pensó que lo mejor sería que el es-

poso de Mariana los llevara en su auto por toda la carretera buscando el accidente.

Ya adentro, mientras Mariana daba de comer al perro, le dijo lo que le había pasado.

—Pero si acabo de hablar con ellos antes de salir de mi casa. Llegaron bien desde hace rato —replicó ella.

Ramón cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Morelos.

Su madre le contestó.

Si lo que había dicho su madre en el desayuno era verdad, entonces su carnal estaba volviéndose loco. Carlos sonreía con la idea. El culero lo tenía merecido. Le pesaba la preocupación de sus padres, pero la imagen de Ramón recluido en algún psiquiátrico podía más en su ánimo. Hasta que su padre le dijo que no fuera pendejo: ellos no tenían el dinero suficiente para pagar una cosa de esas.

—Es doctor, seguro tiene derecho a una clínica del gobierno.

—Seguro. Pero ni tu madre ni tu hermana nos dejarían meterlo en una de esas. Deben ser peores que cualquier cárcel. Lo tendríamos en casa y, ahí sí, los chingados seríamos nosotros. A ti te pondríamos a bañarlo y limpiarle la cola cada vez que se cagara.

—¿Y yo por qué?

—Porque no es correcto que lo hagan ellas. Él ya está huevudo, no es un niño. Y yo ya estoy viejo para eso.

—Ya cállense —los interrumpió su madre que salía a la palapa de la casa con tres cervezas—. Ramón no está loco. Acuérdense de lo que pasó con mi primo Antelmo.

Los tres callaron. Sabían que no estaban muertos pero, en una de esas, todo era porque pronto iban a morir. Aún les faltaba el camino de regreso a la Ciudad de México.

Es lo más lógico, pensó Carlos, y construyó el argumento en su mente: si un fantasma es un ser libre del cuerpo y de sus determinaciones espaciales, no sería de extrañar que también lo fuera del tiempo, de manera que los fantasmas pudieran viajar al futuro o al pasado.

El fantasma futuro de sí mismo.

La idea le gustaba tanto como la de Ramón en un psiquiátrico. Entonces se prometió que, de ser verdad, una vez muerto visitaría varias veces a su hermano, nada más para asegurarse de que lo metieran en un hospital del gobierno.

Al cabo de un rato, su padre lo mandó por más cervezas al refrigerador. Mientras Carlos las destapaba en la barra de la cocina se dijo que no tenía por qué esperar para saber si su teoría era correcta. Bastaba con que su fantasma se le apareciera en ese mismo instante. Dejó las cervezas y observó a su alrededor, pero no se vio. Pensó que quizá con los años habría olvidado ese momento, así que cogió un cuchillo y se hizo un corte en el dedo gordo de la mano izquierda para que la cicatriz le recordara por siempre ese instante. Pero de nuevo no pasó nada.

Tomó las tres cervezas y salió al jardín.

—No me digas que te cortaste destapándolas —dijo su padre entre divertido y molesto.

A Carlos le gustaba beber con ellos. Con el calor de Morelos el alcohol no se les subía tan rápido y usualmente la charla era buena. Sin embargo, ahora no hablaban. Así que a Carlos le dio por imaginar que tal vez sí estaban muertos, solo que no eran fantasmas sino zombis, cuerpos sin almas que se aburrían en Morelos mientras estas se divertían jodiendo a su hermano en la ciudad.

Se los habría comentado de no ser por sus caras largas y el temor a una cachetada de su madre.

No volvieron a mencionar el tema el resto del fin de semana.

Al regresar a la Ciudad de México, Carlos y su madre estuvieron pendientes del volante y de los ojos de Alfonso, quien por primera vez en más de veinte años manejaba sin haber tomado una gota de alcohol.

Beatriz sentía su Biblia más que leerla. En medio de toda la cháchara que había en esa estética que no frecuentaba y en la cual le costaba encajar, las palabras de las Santas Escrituras difícilmente podían penetrar su conciencia. Sin embargo, ella se sentía reconfortada con el mero peso del libro abierto en sus manos. Su cómoda Biblia de siempre, pensó, no como la horrenda edición de su hijo Carlos, tan molesta y tan grande, con los textos en griego y latín que entorpecen la lectura a cada página, tan fea si la comparaba con la suya, con la Reina Valera.

La hermosa Reina Valera, recordó Beatriz con nostalgia. De niña tomaba su Biblia y leía ese nombre imaginando a la mujer más bella del mundo, lo suficientemente sabia y hermosa como para tener su propia Biblia. Durante muchos años se había esforzado por ser como ella, por igualar a la santa que había construido en su mente, de forma que ante cualquier adversidad cerraba los ojos y se preguntaba qué habría hecho la Reina Valera para en seguida actuar de acuerdo con la primera respuesta que se le ocurría.

Beatriz era la mujer que era gracias a la Reina Valera. No importaba lo que le decía su hijo Carlos, que la Reina Valera jamás existió y que su Biblia llevaba ese nombre por un tal Casiodoro de Reina y un quién sabe qué de Valera. Beatriz debía ser una buena mujer, excelente madre y esposa, y para ello tenía que seguir el ejemplo de la Reina Valera y encomendarse a ella.

Por eso ahora llevaba su Biblia. Por eso había ido a ese local tan molesto, pues le habían dicho que ahí trabajaba alguien que podía ayudarla con el problema de su hijo Ramón. Una chica que sabía de aparecidos y sus mensajes.

Cerró su amado ejemplar y mientras esperaba su turno miró a las empleadas, preguntándose cuál de todas ellas podría ser aquella mujer.

No tardó en fijarse en la travesti del lugar. Como mujer era sin duda muy atractiva, pero su condición no dejaba de ser delatada por su altura y las facciones de un hombre al entrar en la madurez. Quizá tendría unos treinta y cinco años, su cuerpo era magnífico y su actitud dicharachera le ayudaba a encajar en el negocio a pesar de que era evidente que no sabía hacer nada. No cortaba el pelo, no peinaba, no arreglaba las uñas ni hacía tintes. Ni siquiera podía barrer bien el cabello del piso. Pero qué simpática era.

Beatriz le sonrió.

La travesti devolvió la sonrisa y sin ningún disimulo estudió el cuerpo de Beatriz.

—Soy Dulce —dijo sin molestarse en modular su voz ronca.

—Seguro lo eres, cariño —respondió ingenua Beatriz.

—Es «lesbiana» —soltó con algo de mofa otra trabajadora de la estética al percatarse de lo que ocurría— y también le gustan maduras.

Beatriz, orgullosa, se sonrojó. Creía ciegamente que los «volteados» tienen buen gusto, pero no reparó en que se trataba más bien de un travesti.

No tuvo que seguir esperando.

—¿Y bien? ¿Qué significa lo que le pasó a mi hijo?

A Beatriz le hacían un nuevo corte.

Por medio del espejo que ambas tenían enfrente, Dulce la miraba con atención. No dudaba de sus palabras. Sin embargo, estaba confundida. En todos sus años de conversar con los muertos nunca había escuchado nada sobre apariciones de vivos.

—¿Es alguna señal? ¿Una premonición?

—Las premoniciones no existen, señora.

—¿Entonces?

La voz de Beatriz era firme, pero su rostro revelaba inquietud.

Las empleadas y clientas de la estética guardaban silencio. Incluso quienes ya habían sido atendidas permanecían en el local. Aunque todas se morían de ganas por opinar, ninguna lo haría hasta estar seguras de conocer la historia completa. Además sabían que Dulce no toleraba intromisiones antes de su veredicto final.

—No lo sé.

—¿Y a quién puedo acudir entonces? Nuestro párroco tampoco entiende nada.

Dulce lamentó que ese día no la acompañara ningún muerto. No le gustaba no tener qué decir. Podría haber salido a buscar alguno de los que conocía en esa colonia, pero tampoco quería que el asunto se resolviera tan fácil. Tenía la costumbre de intentar seducir a la mayoría de las mujeres que la buscaban por su don.

—No dije que no la pudiera ayudar, señora. Yo no sé qué es esto pero lo puedo averiguar. Es cosa de preguntar a los fantasmas, ellos siempre saben algo.

—Los mensajes de los muertos siempre han sido muy claros en mi familia. Pero estos no son muertos.

—Le angustia que usted haya sido una de las personas que se aparecieron, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué tal si es un aviso para mí?

—Podría ser otra cosa.

—¿Qué?

—Una mentira de su hijo o, si es verdad, un aviso de otro tipo.

—Mi hijo no está loco ni está mintiendo.

Dulce comprendió que estaba frente a una mujer dedicada a su familia, aunque no por eso pensó en desistir de sus propósitos. La experiencia le había enseñado que las madres abnegadas son grandes amantes. Solo necesitaba tantear el terreno.

Posó su mano en el hombro de Beatriz y, sonriéndole a través del espejo, le dijo:

—Le creo, pero debo averiguarlo por mi cuenta.

Todas las mujeres continuaron calladas.

El primer rayo de luz de aquel día se asomó justo cuando el sol declinaba. Deslucido, brilló apenas un par de minutos antes de que el cielo se volviera a cerrar y la lluvia impusiera de golpe la noche.

Ramón se dio tiempo para observar el fenómeno por la ventana de su consultorio y luego llamó al último paciente que tenía antes de hacer su guardia en urgencias. Al verlo, su humor mejoró. Dulce llevaba un entallado vestido de noche que dejaba al descubierto casi toda la espalda. Elegante, se sentó. Y pasándose la mano a lo largo del cuello con un movimiento tranquilo, dijo que le dolía la garganta; todo sin quitar los ojos de encima a Ramón, quien tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una sonrisa.

Aunque la voz de Dulce era ronca, no delataba ninguna irritación. No había calentura ni escurrimiento nasal.

Ramón no tardó en inventar una historia. Pensó que seguramente Dulce iba a encontrarse con su amante y algo había salido mal. No quería ir a su casa. Deseaba estar con un hombre que le hablara y tocara su cuerpo. Sobre todo lo último. Creía verlo por la forma en que mostraba sus pechos cuando la auscultaba con el estetoscopio y la expresión que ponía cada vez que aplicaba las manos sobre su espalda. Muchas veces había visto el mismo comportamiento en señoras mayores. Siempre sentía desprecio hacia ellas; sin embargo, la actitud de Dulce lo divertía. Además de que tenía mejor cuerpo.

La consulta no merecía más de quince minutos pero Ramón no deseaba dejarla ir tan pronto. Regresó a su lugar detrás del escritorio. Su curiosidad necesitaba saciarse y pensó que sería un gesto noble dedicarle más tiempo.

- ¿Profesión?
 —Dentista.
 —¿De veras?
 —Sí, pero no ejerzo.
 —¿De qué se mantiene?
 —Trabajo en una estética.
 —¿Y por qué no de dentista?
 —Mucha gente no quiere que alguien como yo se meta con su boca. No de esa forma al menos.
 —Entiendo. ¿Tiene alguna enfermedad en particular?
 —No tengo sida si a eso se refiere.
 —No era eso, pero ¿se ha hecho el examen?
 —Sí.
 —¿Alergias?
 —No.
 —¿Cirugías?
 —Las que ve.
 —¿Cirugía de reasignación genital?
 —No me diga que por eso me puede dar gripe.
 —No, pero este tipo de detalles son para abrirle su expediente.

—¿Entonces por qué no anota lo que le digo?

Al instante Ramón garabateó el nombre de algunos medicamentos y le tendió la receta hosco y en silencio. Dulce se tomó su tiempo antes de cogerla y guardarla en su escote. No parecía darse cuenta de que con eso la consulta había terminado. Permaneció en su lugar observando a Ramón sin que este pudiera interpretar su mirada.

Incómodo, Ramón se levantó para acompañarla a la puerta. No supo por qué pero la tomó de la cintura.

Antes de salir, Dulce le dijo:

- Lo veré mañana.
 —Mañana no doy consulta.
 —Lo sé —contestó y se fue.

Confundido, Ramón pensó que al menos la bata había cubierto su erección.